

y sistemático de otros temas candentes, especialmente conflictivos y que por eso mismo parecen haber quedado al margen de la programación del volumen. Temas, por ejemplo, como el de la oposición, la unidad de jurisdicciones, el papel político-constitucional del ejército y otros similares.

Personalmente echo de menos, sobre todo, un tratamiento adecuado, expreso y suficiente de la investigación española en cuanto tal. Treinta años de Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de investigación básica y primaria a través de los diversos patronatos e institutos del mismo, creo que merecían más atención de la que esporádicamente se les ha dedicado en función de la intrahistoria institucional del régimen o del propio Consejo o en relación con la investigación realizada por la Universidad española.

Vidal ABRIL CASTELLÓ.

FRAILE, Guillermo: *Historia de la Filosofía Española*. Desde la Ilustración. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1972. 335 págs.

El libro que presentamos es la segunda parte de la *Historia de la Filosofía Española*; la primera apareció en 1971, con el título *Desde la época romana hasta finales del siglo XVII*. Una y otra parte quedaron escritas por el P. Fraile, pero no pudo éste, desgraciadamente, publicar la obra. Revisada y ordenados los materiales por el P. Teófilo Urdániz, puede, al fin, salir a la calle y ofrecer a los estudiosos de la Filosofía un Manual completo de la Historia de los filósofos españoles desde el siglo XVIII hasta nuestros días, si bien por lo que se refiere a los últimos solamente recoge los nombres de los fallecidos, prescindiendo, por ello, de tantos y tan buenos autores y maestros de Filosofía que actualmente viven.

Con gran erudición, como ya nos demostró ampliamente en su *Historia de la Filosofía* (3 vols. B. A. C.), concienzuda búsqueda de datos de los propios autores y de la bibliografía a ellos relativa, y con la obligada objetividad que no todos los historiadores (y menos los biógrafos) suelen tener, el P. Fraile nos va exponiendo las escuelas, sistemas y filosofías de los dos últimos siglos, y ha sabido ubicar a cada filósofo en su lugar, lo cual no es siempre fácil si tenemos en cuenta la afinidad de algunos de ellos con sistemas distintos, y la evolución de otros hacia posiciones cambiantes y contrapuestas.

*La Ilustración en España* es presentada por el autor en sus justos límites, sin exageraciones nihilistas como para calificar al siglo XVIII exclusivamente como afrancesado y negador de la tradición, y reconociendo las aportaciones de valores positivos no sólo en el campo artístico y literario, sino en todos los demás órdenes. España, en su tardía incorporación al Renacimiento, se erigió en campeón de la Contrarreforma frente a la revolución protestante. Por eso puede hablarse de una Ilustración católica en España.

Pero, no obstante la innegable renovación literaria que en el si-

glo XVIII se manifiesta en los buenos prosistas y versificadores de las escuelas de Sevilla y Salamanca, y de la buena labor de historiadores y eruditos investigadores, en el orden filosófico «poco será lo que tendremos que señalar como destacado», dice el P. Fraile. Sin embargo, el eclecticismo (mezcla de las doctrinas antiguas, que consideran insuficientes, con las nuevas teorías que tratan de completarlas o de sustituirlas), el escepticismo, el empirismo, el enciclopedismo y el sensismo, tuvieron entre nosotros sus representantes. Asimismo, la escolástica sigue ampliamente representada en el siglo XVIII, «si bien más en número que en calidad, hasta que el último tercio sufre las consecuencias de las conmociones políticas y antirreligiosas». Y si la decadencia de las universidades era general, y en el mismo o mayor grado alcanzaba a todas las Facultades, por lo menos los escolásticos «mantuvieron la disciplina y la asiduidad en el estudio, aunque no hayan sido capaces de abrir nuevos rumbos a la investigación». También en el siglo XVIII revive el lulismo en Mallorca con el jesuita Jaime Custurer, Rafael Barceló, O. P., Miguel Forner y Bartolomé Fornés, O. F. M., y otros que terciaron en la viva polémica suscitada por el antilulismo de Feijoo.

A las ideas de la Ilustración se opuso valientemente Juan Bautista Pablo Forner y Segarra quien, en su célebre *Oración apalagética...*, que completó con sus *Cartas críticas*, defendiendo la ciencia y la preeminencia de la escolástica española, contestando así a la insolente pregunta del francés, geógrafo y poeta, Masson de Morvilliers: «Mais que-doit-on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?» La necesidad de oponerse a la difusión de las ideas enciclopedistas, liberales y antirreligiosas dio a la filosofía y teología de finales del siglo XVIII un carácter polémico en que se mezclaban lo religioso con lo político. Por eso dice Menéndez Pelayo de este siglo que quizá los mejores libros que produjo fueron de «controversia contra el enciclopedismo, y, de cierto, muy superiores a los que en otros países se componían... No hubo objeción de todas las presentadas por la falsa filosofía que no encontrara en algún español de entonces correctivo o respuesta».

En el siglo XIX la historia de España no sigue un desarrollo orgánico y evolutivo, sino convulsivo y revolucionario. Con colores sombríos nos describe Donoso Cortés el triste estado de la España en la primera mitad del siglo XIX. Gumersindo Laverde describe la pobreza y mimetismo del pensamiento español en esa primera mitad del siglo. «Nada más pobre y desmedrado —dice M. Pelayo— que la enseñanza filosófica en la primera mitad de nuestro siglo. Ni vestigio ni sombra de originalidad, no ya en las ideas, que ésta rara vez se alcanza, sino en el método, en la exposición, en el modo de asimilarnos los extraños. No se imitaba, se remedaba; se traducía servilmente, diciéndolo o sin decirlo; y ni siquiera se traducían las obras maestras, sino los más flacos y desacreditados manuales». Estas u otras parecidas frases denunciaban la «lamentable ignorancia entre nosotros» unánimemente constatada por autores y personalidades, de las más dispares tendencias.

En este terreno tan propicio a recibir cualquier semilla, fácil era

que arraigasen los que con carácter de «novedad» o como doctrinas salvadoras de tanta ignorancia eran hábilmente importadas por filósofos-políticos que, aprovechándose después de su privilegiada influencia de escuela como el krausismo o de intereses de «partido», sabían airear en ansias proselitistas. Nada extraño, pues, a que por el campo de la filosofía penetraran sucesivamente el cartesianismo, el sensualismo, el materialismo, el sentimentalismo, el eclecticismo, el psicologismo, el tradicionalismo filosófico, el kantismo, el hegelianismo, el krausismo y luego el neokantismo y el positivismo estrechamente aliados.

Señalados quedan los sistemas filosóficos a los que más o menos servilmente se plegará la filosofía en el siglo XIX aun cuando también encontremos aquí quienes, ya lo veremos, mantienen el fuego sagrado de la buena filosofía.

El primer tercio del siglo XIX se inicia con el sensismo de Condillac a cuya influencia no se sustrae el propio Balmes aunque diste mucho nuestro gran filósofo del radicalismo del francés. La *Lógica* de Condillac, la «ideología» materialista de Destutt de Tracy, la influencia de Locke y el utilitarismo de Bentham, tienen representantes, más numerosos que destacados, entre nosotros en el siglo XVIII. El eclecticismo espiritualista de Víctor Cousin (al que critica irónicamente Balmes en su *Historia de la Filosofía*) sucedió al sensismo mitigado. El eclecticismo tuvo imitadores en lo que tenía de actitud filosófica fácil y cómoda —«como toda filosofía que no lo es», según dice M. Pelayo—, pero más habría valido que los hubiera tenido su espíritu de trabajo y laboriosidad en la investigación histórica y crítica.

Al ir perdiendo terreno el sensismo escocés y el eclecticismo francés, va apareciendo un poco de interés por los sistemas filosóficos alemanes. El hegelianismo tuvo entre nosotros muchos representantes sedicentes hegelianos, aunque como ha demostrado Elías de Tejada en *Hegelianismo español*, poco tenían de hegelianos la mayor parte de ellos. Iniciado en Sevilla con José Cantero y Ramírez fue seguido por sus discípulos Fabré y Escudero, Benítez de Lugo, Pí y Margall, Roque Barcia, Emilio Castelar y otros.

Pero la mayor aportación de la España de la época a la filosofía alemana fue la hecha por los krausistas españoles que contribuyeron a hacer conocer una filosofía casi desconocida en la propia patria de Krause. Sanz del Río, López Martínez, Benítez de Lugo, Rodríguez Alba, los de la «Institución libre de la Enseñanza», y no pocos de los llamados hegelianos importaron de Alemania la ininteligible fraseología del panenteísmo krausista que pudo encontrar aceptación entre muchos que no lo entendían y entre otros a quienes servía para aplicaciones propagandistas de tipo político.

También la escuela escocesa fue introducida aquí por Martí de Eixalá y continuada por Llorens y Barba y por Masferrer y Arquimbau.

Bajo la rúbrica de «espiritualismo cristiano», agrupa el P. Fraile «un conjunto de escritores, difíciles de catalogar en otras corrientes más definidas». Martín Mateos, Moreno Prieto, Salvador Mestres y Alonso Martínez forman, según nuestro autor, en este grupo.

Como «apologistas católicos» agrupa el P. Fraile, frente al liberalismo a Jaime Balmes cuyas celebradas obras *El Criterio*, *Filosofía Fundamental*, *Filosofía Elemental* y *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, bien merecen hacer a Balmes el primer filósofo español del siglo XIX. Con Balmes colaboraron, sobre todo en sus publicaciones de filosofía política, de sociología y de periodismo otros autores católicos y tradicionalistas, ninguno de los cuales pudo eclipsar la gran figura del malogrado «filósofo de Vich».

Donoso Cortés, magnífico orador, uno de los más brillantes parlamentarios de su tiempo, político diplomático y sociólogo, «se resentió siempre de la carencia de una sólida formación filosófica», ni profundizó en el sentido de las corrientes criticistas e idealistas alemanes. Plenamente ortodoxo, al menos en sus últimos años, los «factores» que juegan en la doctrina donosiana, brevemente enumerados por el P. Fraile, son: la afirmación de un *Dios, creador del mundo*, que rige y gobierna con su providencia el desarrollo de la historia; la *creación del hombre* con un fin trascendente; una *visión teocéntrica y cristocéntrica de la historia*. A estos principios y su ardorosa defensa, puso Donoso Cortés su pluma y su fogosa elocuencia e influencia en España y en el extranjero donde era bien conocido.

Entre los apologistas católicos contra el krausismo destaca Orti y Lara, profesor y periodista brillante que supo contrarrestar la influencia alcanzada por el parasitismo político prestado a los representantes españoles de la enrevesada filosofía alemana. Navarro Villoslada y Aparisi Guijarro, excelente orador, forense y político, Fernández Valbuena y otros.

Contra el materialismo y el positivismo, cita el P. Fraile a los apologistas católicos Jaime Almera, Martínez Vigil, el P. Urraburu y el P. González Arintero, Lorenzo Figueroa, Carbonero y Sol, Torras y Bragés, y la magnífica trilogía formada por Vázquez de Mella, Balmes y Menéndez Pelayo.

En un capítulo aparte reúne el P. Fraile los «cursos y textos de filosofía del siglo XIX» formando los siguientes grupos, de los que únicamente citamos algunos de los más destacados: 1) *Tomistas*: el Cardenal Ceferino González (*Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás, Filosofía elemental, Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales, Historia de la Filosofía*, y otros muchos escritos); Eduardo Hinojosa, eminente jurista e historiador del Derecho (*Historia general del Derecho Español, Influencia que tuvieron en el Derecho público de su país, y singularmente en el Derecho Penal, los filósofos y teólogos españoles anteriormente a nuestro siglo*, etc.). 2) *Suarecianos*: Fernández Cuevas (*Philosophiae rudimenta, Historia Philosophiae*); el P. Mendire (*Elementos de Ontología, Cosmología, Psicología, Lógica; Ontología, Derecho Natural; Institutiones philosophiae scholasticae ad mentem divi thomae ac Suarezii*, etc.); José Urraburu, cuya obra capital es su curso monumental de filosofía: *Institutiones philosophiae quas Romae tradi-*

*derat*, 8 vols., y otras obras dedicadas a cada una de las partes de la Filosofía.

Entre los krausistas: Julián Sanz del Río y sus discípulos Navarro Zamorano, Fernández y González, Francisco de Paula Canalejas, Fernández Ferraz, F. de Castro Fernández, Salmerón, Azcárate, Labra, González, Serrano, Revilla y Morera, Giner de los Ríos, Ruiz Chamorro, y los krausistas de Sevilla: Sales y Ferré, Castro y Castro, Romero de Castilla, Alvarez Espino, etc.; los krausistas de Salamanca, Valladolid y Valencia, y otros que no mencionamos.

El neokantismo y positivismo contó también entre nosotros, en el siglo XIX, con algunos representantes (Núñez Arenas, Rey Heredia, Nieto y Serrano, Perojo y Figueras, García Ruvira, Miguel Rodríguez y algún otro que poco contribuyó a los estudios filosóficos); el positivismo tuvo sus principales adeptos en las ciencias naturales y entre los médicos.

Menéndez Pelayo, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset ocupan sendos capítulos en esta *Historia de la Filosofía*, y a ellos, juntamente con Amor Ruibal y Eugenio D'Ors dedica el P. Fraile mayor atención exponiendo con verdadera precisión la doctrina filosófica (ya bien conocida entre nosotros) de estos filósofos españoles contemporáneos. Es de destacar el verdadero diagnóstico que hace de Unamuno y no creemos aventurado decir que acaso entre los muchos autores, españoles y extranjeros, que han hablado y escrito tanto sobre Unamuno, nadie conozca tan certeramente el «modo de ser» del maestro de Salamanca, lo cual es imprescindible para explicar la eterna paradoja y contradicción que es toda la filosofía de Unamuno. Acaso sea así porque el P. Fraile, como nosotros, vivimos cerca de Unamuno, le tratamos y creíamos conocer «algo» de su pensamiento y, sobre todo, de su no disimulado modo de enjuiciar la vida y la circunstancia.

Un libro, en fin, este del malogrado P. Fraile que completa un buen Manual de Historia de la Filosofía.

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.

GARCÍA ARIAS, Luis: *Balance y perspectivas del Tribunal Internacional de Justicia* (Discurso de recepción). Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Madrid, 1972.

En los veinticinco años de vida del Tribunal Internacional de Justicia —medio siglo exacto si lo consideramos como heredero y continuador del Tribunal Permanente de Justicia Internacional, órgano paralelo de la también fenecida Sociedad de las Naciones— el mundo ha asistido a la más espectacular transformación de las relaciones internacionales; la planetización drástica producida por la descolonización y la consiguiente entrada masiva de los nuevos Estados afroasiáticos en los organismos internacionales —con las subsiguientes polarizaciones en bloque de Estados más o menos monolíticos y más o menos cambiantes—